

La victoria es nuestra por nuestra unión con Cristo en la oración y el sacrificio, porque la victoria que anhelamos es a la vez la victoria de Cristo de la Cruz y del Tabernáculo que nos valdrá nuestra victoria en la eternidad, la única razón de nuestra estancia en el mundo y el primer fin de nuestra vida.

Para Filipinas el jubileo es doble. Que sea también un jubileo para nuestros hermanos paganos de la Montañosa; ayudadles a en-

trar en el único rebaño de Cristo, donde unidos con sus paisanos del Archipiélago, contribuirán a consolidar la fuerza del país, por la unión universal de todos los habitantes en el Cristo de la Cruz y del Tabernáculo. ¡Dios lo quiere, el bien de Filipinas lo exige! Por amor de Dios y de la patria; ¡que nuestras oraciones y limosnas por la conversión de la Montañosa y de todo el mundo sean nuestro generoso y agradecido "Dios lo quiere!"



De un Monito y una Rata

Leyenda Ibaloi, por el Rvdo. Padre Claerhoudt.

HACE mucho tiempo ya, hubo un monito, de carácter muy alegre, quien era íntimo amigo del cacique de todas las ratas de la región. Cuando estos roedores de campos celebraban alguna fiesta o alguna reunión especial, siempre fué invitado el monito jovial para tomar parte en las diversiones y siempre recibió la más cordial bienvenida de toda la gente rata, porque a cada una gustaba sumamente escuchar los muchos chistes que contaba y admirar la gran destreza que manifestaba.

Nadie lo sabe y nunca se sabrá la causa, pero es un hecho indiscutible que poco a poco la calurosa amistad entre el monito y el cacique de las ratas se cambió en cierta frialdad que aumentó con el tiempo y por fin terminó en un

tristísimo acontecimiento.

Nuevamente se había celebrado una fiestecita y como de costumbre todas las ratas y el monito se habían deleitado la mar en comer lo más posible y beber el mejor vino del país; todos estaban sentados en un círculo inmenso y como huésped de honor el monito presidía a la derecha del cacique de las ratas; aquel día, más que nunca, relataba chistes que provocaban continuamente risas estentóreas de todos los comensales.

Pero entre burlas y charlas y quizás por el efecto natural del vino, fuerte y abundante, el monito, triunfante por la hilaridad que pudo causar, se olvidó un poquito del respeto que debía al jefe, vanagloriándose y blasonando demasiado de su ciencia y poderes y, quizás sin saberlo con su continua

jactancia no dejó de herir profundamente la susceptibilidad del cacique de las ratas.

Así es que durante algún tiempo existió una nube gruesa y cargada entre los dos íntimos, hasta que el cacique no pudo aguantar más lo que según él era un desprecio evidente del monito y la secreta envidia estalló repentinamente:

—“¡Eh! amigo mono,” dijo al

nos desprecias, esto no lo tolero y no lo puedo sufrir; pueda ser que tu seas muy sabio y diestro y sepas muchas cosas, pero sin embargo no sabes todo y yo mismo pudiera mostrarte cosas de las cuales no entiendes ni una jota.”

—“¡Hum, hum, hum!...” tosió el monito sorprendido; “yo no quiero de ninguna manera menospreciar ni a tí ni a los tuyos; ya me conoces desde años y para mí, vuestra



Chicos y chicas de la Escuela de Itogon.

animalito, “tu sabes muy bien que siempre eres bien recibido entre nuestra gente y que desde hace muchos años te hemos tratado como a un hermano nuestro; pero hoy día, tu charlatanería ha excedido todos los límites; no me importa que tu te vanaglories y te jactes, esto es el propio de los payasos; pero que a nosotras, ratas,

amistad es la joya más preciada del mundo; tu debes reconocer sin embargo que si a tí y a los tuyos he enseñado mucho, yo mismo he aprendido muy poco de vosotros; quizás tu prefieras guardar tu ciencia para tu propio provecho, pero a mí me parece infinitamente mejor distribuirla entre los vecinos y amigos para que

aprovechen también algo....”

—“Bueno, puesto que ahora hablas así, amigo mono,” gritó el cacique de las ratas, “te voy a mostrar algo que tu ignoras por completo.....A la vista de todos los presentes, me meteré debajo de un montón de hierbas secas. Podéis encenderlas; y cuando se apague el fuego, os aseguro que de las cenizas que queden, me veréis salir intacto sin que se me quemé un solo pelo de mi cuerpo, y si tú, mono, te atreves a hacer lo mismo, depondré mi oficio de jefe supremo de la gente rata y tu podrás gobernarlos a todos como amo y dueño.....”

Sin esperar la contestación, el cacique de las ratas saltó de la estrada y se marchó en dirección de la ladera de la montaña, seguido por todas las ratas y el mono; en seguida cada uno reunió hierbas secas y pinochas e hicieron un montón enorme de la materia inflamable. Pero entretanto, y cuando nadie le observaba, el cacique se retiró a un agujero que había debajo de un canto rodado, donde quedaba a salvo y empezó a gritar:

—“¡Arrea! ¡A ver! ¡A encender el fuego; encended ya el fuego!”

Efectivamente una rata lo hizo así y las llamas rojas en un abrir y cerrar de ojos devoraron chisporroteando la pila de combustible, emitiendo una nube inmensa de humo negro que subió hasta la cima del monte habiéndose transmitido el fuego hasta las últimas

hierbas de la ladera y consumido varios árboles: era una desolación tremenda, por encima de la cual el halcón de los montes, muy alto en el aire revoloteaba gritando lúgubrememente.

Pero apenas se había apagado el horno, cuando el cacique de las ratas salió tranquilamente de su escondite, dió un salto por encima de las cenizas, todavía calientes y apareció triunfante ante los ojos asombrados de la muchedumbre.

El monito, algo sorprendido, se rascó el pelo ante la maravilla y sobre todo por su compromiso al cual no podía faltar sin perder el honor. El cacique le observó bien pronto y se fué derecho al amigo de los tiempos pasados.

—“Ahora es tu vez”, le dijo con la cabeza erguida y tocándole en las espaldas; “así aprenderás a jactarte...o ¿acaso tienes miedo?..”

—“Oye,rata,” contestó el mono; “véte a buscar el follage más frondoso y seco que encuentres; con tu gente puedes preparar un montón de combustible que sobrepase al pino más elevado de la región y ya verás; lo que has hecho tú es sólo un juego de niños en comparación de lo que yo te mostraré.”

El monito se dijo: “me esconderé en las profundidades de la pila donde las llamas no me tocarán...allí no me quemaré...”

Pronto desapareció el monito bajo un montón enorme de hierbas crujientes, se extendió con el hocico contra tierra.....y:

—“¡Encended ya el fuego!....”

Las llamas, en poco tiempo convirtieron la pila en infierno, era un incendio voraz y tremendo. Otra vez el humo negro subió muy alto, el montón poco a poco se aplastó y se derrumbó, mientras las buenas ratas miraban el espectáculo con visible ansiedad. Cuando por fin se apagó el fuego y en vista de que el monito no aparecía, se acercaron a las cenizas negras encontrando entre ellas los restos carbonizados del desgraciado monito, miserablemente muerto.

Al principio el cacique de las ratas rebosaba con alegría; por fin se había vengado y satisfecho su envidia; pero cuando vió cómo todos sus compañeros sin excepción lloraban amargamente y lamentaban la triste muerte del animalito, siempre tan jovial y afable y que tantas veces las hizo reír

hasta las lágrimas, el cacique se puso también triste; mandó cavar un hoyo grande, bajo las raíces del pino más alto del bosque y en medio del duelo general enterraron allí el cadaver del monito, pero juntamente con él la alegría de toda la gente rata.

Plantaron sobre la tumba un helecho muy alto y cubrieron el sitio con las hojas más blandas y el musgo más fino; después de la ceremonia cada una se retiró a su agujero debajo de la tierra y desde aquel tiempo, las ratas se han vuelto tímidas; nunca jamás concluyeron una amistad con los demás animales y así es que siempre se quedan escondidas en la obscuridad de sus antros, como si tuviesen miedo hasta de la luz del día y de su propia sombra....



Hace 1900 años Jesús instituyó el Santísimo Sacramento.